

A propósito de Roque Farrán, *El uso de los saberes, filosofía, psicoanálisis, política*. Córdoba, Borde Perdido, 2018, Colección Golpe Ciego

Guillermo Ricca

El uso de los saberes es un libro que realiza aquello que se propone: arriesga y comparte ese riesgo, lo abre de manera generosa y a la vez rigurosa. En sus cuatro ensayos este libro propone un tipo de práctica de la filosofía en el nudo mismo del tiempo, de la época. Casi sin nombrarlo, Roque asume el desafío lanzado por Althusser en las gramáticas del mayo francés para llevarlo más allá de él, hacia nosotros¹. Hacia nosotros mismos. Mentar este nombre, en esta época, es nadar decididamente contra la corriente. Como también lo es la propuesta de refundar una práctica materialista de la filosofía en la criba de esas herencias filosóficas, psicoanalíticas y políticas. Aunque suene a paradoja —y las verdades son paradójales— el nudo de la época no es otro que aquél que se atreve a atravesar lo real perdido o negado que la constituye.

Una primera impresión, rápida, en este sentido: El libro de Roque se toma muy en serio la apuesta foucaultiana de una ontología histórica de nosotros mismos y se la toma en serio allí mismo donde va más allá de Foucault. Y lo mismo hace con la ontología del sujeto en Badiou y con el psicoanálisis lacaniano. El uso de estos saberes, abre la herencia de estos pensadores a posibilidades insospechadas, produce anudamientos que alumbran otras prácticas no previstas en esas textualidades, por caso las de la transmisión en la docencia, del lugar de ese supuesto saber del maestro y de su diferencia con el lugar del amo, la práctica de la escritura como escritura de sí... (¡en Facebook!). Sí, lejos de las demonizaciones de las redes que están en oferta, en Byun Chul Han, o de las *Fenomenologías del Fin* a la Bifo Berardi, por ejemplo. Nudos y posibles, o compositibles que se producen a partir de un concepto que se repite de manera diferencial en el texto: me refiero a la palabra central del título, al sujeto en cuestión: el *uso*.

La primera aproximación conceptual invierte su formulación: *saber de uso*, dice el texto. *Saber de uso respecto a nombres y tradiciones en función de una inquietud por el presente*. Inquietud que remite a “Una perspectiva materialista, que asume la práctica teórica en serio, no habla de interpretaciones, ni de explicaciones, ni siquiera de aplicaciones o performances, sino de *uso*. El uso, como ha mostrado Foucault recientemente, y luego también Agamben, es una noción compleja, con múltiples matices, que de ninguna manera remiten a la simple utilidad. El uso, sobre todo, atañe para mí a la implicación material, lógica y afectiva, de quién así se relaciona con los otros, las palabras y las cosas, en tanto y

¹ La presencia de Althusser y de cuestiones abiertas por su práctica teórica es más explícita en otro libro del mismo autor que hace tándem con *El uso de los saberes*. Me refiero a *Nodalética, un ejercicio de pensamiento materialista*. Santiago, La Cebra, 2018.

en cuanto se pone en juego en ello su misma transformación y constitución de sí. El uso implica el cuidado de sí y éste se enlaza con un modo de plegar las relaciones de poder y espiritualizar o erotizar los saberes” dice Roque desde el Prólogo, justificado en la pregunta de Camila, su hija, acerca de qué hace su papá en su trabajo. Pero el uso de los saberes, se nos adelanta también aquí, es un modo de “circunscribir lo real en juego” y las palabras allí no podrían estar mejor elegidas, en estos tiempos de “real perdido”, como dice Alain Badiou.

Aquí quisiera detenerme y formular algunas de las preguntas que me deja la lectura de *El uso de los saberes*. Es sabido el diagnóstico de Badiou respecto a los tiempos que vivimos: en ocasiones recurre al concepto filosófico de *nihilismo*, citado en este libro en un gran texto que ya tuve ocasión de presentar a propósito del número 30 de *Nombres, revista de filosofía*. Nihilismo que bien puede ser otro nombre de neoliberalismo como afirma Roque allí. En otras intervenciones Badiou hace referencia al carácter *interválico* de este tiempo de *cenizas de la pasión desesperada por habitar este mundo*, como dice el poema de Passolini, *Las cenizas de Gramsci*, en torno al cual ensaya Badiou sus aproximaciones a lo real perdido, rasgo silencioso y silenciado de este tiempo interválico. Un tiempo en el que nos ponemos a distancia segura de cualquier real, es decir, de cualquier instancia que implique una transformación radical de lo dado y de nosotros mismos. Roque, en su lectura de Badiou, asume este diagnóstico—“lo real es lo que nadie quiere ver ni oír, tan terrible como aquel laberinto borgiano que consistía sólo en una línea recta infinita, nada más que un vacío absoluto de sentido”—nos dice. Pero también nos invita a matizarlo. En efecto, al depender, la teoría del sujeto de Badiou, del azar acontecimental, estaríamos ante un impasse ontológico y a la vez práctico: ¿Qué hacer mientras nada acontece? ¿Qué hacer cuando no hay nada a lo que rendir una fidelidad ética/militante? Roque propone volver, a partir de este impasse, al último Foucault y, en sus palabras: “indagar en torno de esas “prácticas de sí” que preparan a los individuos para acceder a una verdad; y que los preparan no de cualquier manera, sino afectando su ser mismo; se trata de una verdadera *mutación ontológica*, la que se debe afrontar para sostener un ethos crítico que implique la interrogación recíproca de las prácticas políticas, epistémicas y éticas que nos constituyen al presente. Es decir, tenemos que pasar de esa ontología consumada de las multiplicidades puras, descualificadas, que sostiene sin problemas el neoliberalismo (verdadero “proceso sin sujeto”), a una “ontología crítica de nosotros mismos” que resulte esencialmente problemática y problematizadora de cómo nos constituimos en tanto sujetos”.

Entre estas prácticas de sí, Roque presta especial atención a la práctica de la lectura y la escritura que el último Foucault explora largamente en *Hermenéutica del sujeto* o, mejor dicho, a partir de allí, recuperando prácticas de la filosofía antigua vinculadas a la recolección de sentencias de los maestros, a la anotación de reflexiones en torno a ellas, en una operación que asume los contornos de una tecnología del yo, o de acceso al yo, no solipsista ni aletargada, que permitiría así circunscribir lo real en cuestión. Ese tipo de práctica de sí no se reduce sólo a estas

prácticas de lectura y escritura que Roque extiende a los usos posibles de Facebook, por ejemplo; usos que él mismo ejercita y que han producido los núcleos conceptuales de algunos textos de este libro. Uso que también tiene valencia para otras prácticas, es decir, para todas aquellas que abrirían *la vía regia hacia el deseo* y que Roque indaga bajo el problema del uso entre psicoanálisis y filosofía, en otro de los capítulos notables del libro: “circunscribir rigurosamente esa falta estructural en nombre propio y exponiéndose, es decir, produciendo una modulación o movimiento conceptual efectivo –y reflexivo respecto de sí– que consiste nada más y nada menos que en forzar los términos y dispositivos para que den cuenta de un imposible: lo real en juego. *Forzar*, en rigor, exige la delicadeza y el tacto, así como el conocimiento suficiente para *trabajar-a-través-de* los otros, las palabras y las cosas, hasta encontrar el anudamiento justo. En esta práctica hay, en efecto, un contragolpe de la verdad que transforma al sujeto (como dice Foucault en *La hermenéutica del sujeto*)”.

Y allí, Roque de alguna manera ejemplifica ese forzamiento en un párrafo que está entre mis preferidos del libro porque circunscribe una experiencia que he tenido muchas veces en la práctica docente: “En esta práctica hay, en efecto, un contragolpe de la verdad que transforma al sujeto (como dice Foucault en *La hermenéutica del sujeto*). Porque, cuando se da clases, también se aprende. Y no porque nos enseñen los alumnos, como se dice un poco demagógicamente, ni porque uno se ponga a estudiar neuróticamente para no quedar en falta, sino porque la situación de transmisión misma, abierta e indeterminada por ciertos bordes característicos, da lugar a eso que no sabíamos que sabíamos, o no del modo en que lo pensábamos antes de decir, forzar o reforzar en función de las preguntas, dudas, asertos o incertidumbres de los otros; es el caso en que la contingencia más absoluta muestra la necesidad en forma retroactiva y resignifica los decires previos; sólo puede ocurrir en una enunciación que asume el riesgo de exposición a lo imprevisto. No hay superación, ni de los otros ni de sí, sino constitución efectiva en el uso de enunciados y asertos anticipados, escandidos y resignificados en acto (como expone Lacan en su escrito sobre el tiempo lógico); de eso menta el sujeto en cuestión, allende el (re)conocimiento. Pasar del deseo de reconocimiento al reconocimiento del deseo y aceptar, en el mismo paso precipitado, que éste se funda en un desconocimiento radical; allí empieza el verdadero conocimiento: el que sigue al deseo en su causa, en su cauce imprevisto, y afecta –tanto como es afectado– en verdad”.

Cabe preguntarse si este circunscribir lo real accede siempre desde el cuidado de sí y desde la falta en el Otro o, si más bien, no adviene en el exceso propio de ser tomados por una verdad, con suerte, allí dónde ésta nos excede en una zona de peligro, esto es, cuando quedamos radicalmente expuestos a una experiencia. Quizás una indagación para una posible respuesta tenga la forma de un diálogo con la filosofía de Deleuze. O, en todo caso, la lectura de *El uso de los saberes* interpela allí donde el texto no dice más y quisiéramos leer más. Me refiero al *pase* en cuestión, a ese pasar del *deseo de reconocimiento al reconocimiento del*

deseo, a ese momento, instancia de singularidad, diferenciadora radical y quizás, inhabitable. Junto a esto, la sospecha de la persistencia del diagnóstico de Badiou sobre este *tiempo interválico* a resguardo de cualquier real, de cualquier verdad, de cualquier peligro de realización de un imposible, a pesar de las prácticas de sí y de su eficacia para preparar *éticamente* al sujeto, a un sujeto que, y esta es mi sospecha, no podría advenir en la misma medida en que persiste ese impasse ontológico del *nada pasa*. En todo caso, en este punto el libro me confronta con un problema que en cierto modo me obsesiona sin respuesta desde hace mucho tiempo: el neoliberalismo

Mencioné recién un texto de este libro en el que Roque aborda ontológicamente el neoliberalismo. La captación significativa de lo real de la cosa en cuestión, es implacable: “Si se me concede esto quisiera proponer una tesis radical respecto al neoliberalismo. Antes que una ideología, una forma de gobierno, o un modo de organizar la economía, el neoliberalismo es la ontología misma. O sea, es el discurso y la práctica que más se acercan a eso que Occidente ha intentado pensar como ser-en-tanto-que-ser: pura multiplicidad descualificada, no asignable a ningún lugar o presentación específica, ni reductible a ningún predicado característico; de ahí su tremenda efectividad”. A continuación, Roque extrae las consecuencias terribles que de esto se siguen: “El neoliberalismo empalma lo real directamente a un discurso práctico sobre el ser mismo de las cosas, bajo un modo exclusivamente técnico-objetual que prescinde de cualquier ética o constitución subjetiva para su a-problemática y descontrolada difusión”.

La efectividad *automatizante* del neoliberalismo así entendido —la proliferación contemporánea de la figura del zombi en el imaginario de la cultura de masas quizás sea un síntoma de esa efectividad— remeda las conclusiones de un Sartre, por caso, abocado a mostrar la pasión inútil del proyecto de un para sí que quisiera ser un en sí para ahorrarse la angustia de estar obligado a ser libre. Hoy, el complejo que por economía discursiva llamaremos Big Data, su *uso*, mejor dicho, parece realizar por breves y decisivos períodos de tiempo, el sueño ontológico del para sí sartreano. En esta guerra desigual, ante esta ontología realizada de *multiplicidades puras*, ante este verdadero *proceso sin sujeto*, Roque propone, siguiendo a Foucault, rescatar la práctica estoica de transformar *los accidentes en acontecimientos* que posibilitarían abrir las puertas de la transformación de sí. Claro que, aquí estamos más allá de Badiou, y mi sospecha es si nuestra transformación en filósofos que aman, poetizan, abrazan una causa o un problema científico no encuentra también su nicho en el tiempo interválico de la efectividad automatizada de esa ontología que es el neoliberalismo. Pienso en la cuenta por uno del sistema científico, por caso, en todas las jerarquías de la carrera científica y universitaria, en la instancia del prestigio que le va asociada, en el semblante implicado en ese juego. O, en las formas históricas y heteronormativas del amor, aun en los celebrados tiempos del feminismo emergente, etc. ¿Hasta dónde las prácticas de sí, del cuidado, nos permitirían sustraernos del orden de las multiplicidades puras para acceder a la verdad implicada en lo real del deseo?

¿cómo saber si estamos en ese forzamiento sutil que Roque bien señala o en el ejercicio de la *pharresía*, cuando las cuentas por uno que nos atraviesan siguen su curso, como si nada? ¿Hasta dónde el uso en cuestión se sustrae de la soberanía de los dispositivos? –cuestión de poder, en última instancia, esa última instancia que nunca llega o que, como Roque sugiere aquí, cuando suena, suena en sordina, nunca de manera clara y distinta, nunca dada al momento cartesiano del pensar filosófico (perdonen la economía, pero lean el libro).

Pregunta que no sé responder pero que me permite formular la lectura de este libro exquisito. Porque si un libro permite esta experiencia es porque, como dice Foucault en *El yo minimalista*, el mismo libro es una experiencia, que no afecta sólo a quien lo escribe y se escribe en él, sino que abre una *transferencia lectora*, por así decirlo. Allí Foucault justifica la escritura de un libro en el no saber *qué pensar sobre algo*, no en la reproducción de lo ya sabido. Yo aquí la extiendo borgeanamente, a la lectura: es mucho más placentero leer libros que es escribirlos. Más si son escritos por amigos.

Una última palabra, en relación a cómo esta problemática se inscribe para Roque en la herencia de la Ilustración, tal como Foucault y Lacan la asumen: como una problematización del presente, de qué somos en el presente, o como ontología histórica de nosotros mismos. Roque extrae de allí una tarea que formula de manera muy lúcida: “La salida o el desenlace de la Ilustración, como ejemplarmente lo expone Foucault a partir de su lectura de Kant, no está acabado ni concluido, nos exige asumir una tarea de la cual somos parte y agentes; allí se indistinguen, por tanto, lo individual y lo colectivo, lo particular y lo universal, lo activo y lo pasivo”. Y agregaría en torno a una problemática que involucra a las formaciones populistas y progresistas, que también disuelve la dicotomía entre intelectualismo/antiintelectualismo, práctica/teoricismo, territorio y crítica de la ideología, etc. Problemática que se agudiza en tiempos de derrota y que nos impone no recurrir a falsas respuestas, sobreactuando demagógicamente la identidad popular o la pertenencia a algo que, en definitiva, se constituye allí dónde emerge o recomienza y que nunca nos antecede de manera absoluta.